

## La promesa

La humedad que desprendía el asfalto resultaba molesta para toda esa gente que llenaba las calles de la Ciudad Condal y no estaba acostumbrada a esos calurosos días de finales de mayo.

La sensación de ropa mojada por la lluvia que se adhería a la sudorosa piel impregnaba Barcelona de una inacostumbrada sensualidad.

Laura, una atractiva mujer de 57 años, había entrado en el lobby de ese nuevo hotel. Sus amigas de la infancia le habían hablado de su decoración moderna pero acogedora.

-Elegante, pero *cool*- añadió una de ellas.

Todo lo que le habían contado sobre ese alojamiento era verdad. Pero ella no estaba allí por la belleza de esos muebles de madera de aire colonial ni por la agradable iluminación de los estantes repletos de libros y plantas. Tampoco, por el ascensor acristalado con vistas al precioso bar de la planta baja ni por las bonitas fotos en blanco y negro que creaban un sugerente *collage* de emociones ajenas.

La auténtica razón por la que Laura estaba allí era porque la elección del nombre de ese hotel había llamado su atención. Pulitzer, un nombre que decía más cosas de él de las que se podrían contar en 20 páginas de un catálogo de papel *couché* con ese embriagador olor a tinta.

Ese nombre en la entrada de la calle Bergara tenían una especial significación para ella. Laura ejercía de profesora de Ingeniería Biomédica en la Columbia University desde hacía más de 30 años. Y los Premios Pulitzer se otorgaban allí.

Laura se enorgullecía de ser barcelonesa. Por eso siempre que podía, escapaba de Manhattan e intentaba pasar unos días en su querida ciudad. El año anterior había vuelto para dar unas conferencias durante el Forum de les Cultures 2004. Fue entonces cuando sus amigas le hablaron del hotel por primera vez.

Se sentó en la barra del bar, sacó el móvil y le preguntó el Wifi al barman que le entregó un papel con un *password* anotado.

-¿Desea algo más?- le preguntó con una elegante sonrisa milanesa mientras le servía un apetitoso Margarita a un hombre sentado a tres taburetes de ella.

Laura, con su móvil aún en la mano, dudó un instante antes de decidir no llamar a sus amigas. Y le pidió un Bloody Mary.

Mario, así se llamaba el barman, empezó su exquisito ritual.

-¿Grey Goose? ¿Absolut? – le preguntó mientras su mano danzaba frente al botellero al ritmo de la indecisión.

-Zubrowka, por favor – respondió Laura.

La mano de Mario se lanzó a por la botella de una forma instintiva.

-Una elección perfecta – contestó, mientras acababa de preparar el cocktail - ¿Sal? ¿Pimienta? ¿Tabasco?

-A tu gusto.

Tras darle el último toque, Mario arrastró con la punta de sus dedos la base del vaso *highball* hacia ella.

Laura levantó el vaso y tomó un pequeño sorbo.

-Realmente bueno.

Mario le agradeció el comentario con una sonrisa antes de alejarse hacia el otro extremo de la barra en el que se habían sentado dos chicas, seguramente holandesas.

- Me encantan los bares de los hoteles, ¿a usted no? - le preguntó el hombre del Margarita levantando su copa con el borde recubierto de sal.

Laura se percató que era más atractivo de lo que le había parecido al principio. Unas pinceladas de canas en las sienes le daban un brillo elegante a su bonita mirada color café, determinado por la cantidad y el tipo de melamina en sus iris así como por los genes OCA2 y HERC2.

Laura sonrió. Y no fue por las intenciones poco disimuladas del hombre sino porque se dio cuenta que nunca podía dejar de trabajar.

-Sí, a mí también me gustan. Son un lugar en el que sólo cuenta el aquí y el ahora.

Una pícaro sonrisa se dibujó en la cara del hombre.

-¿Le importa que me siente a su lado?

-Si me prometes que dejarás de hablarme de usted. Me haces sentir mayor.

- Me llamo Juan- El hombre le alargó su mano- ¿Y tú?

Laura le dijo su nombre. Hablaron de sus trabajos. De sus viajes. De la locura del clima de Barcelona. De qué hacían en ese bonito bar. Y qué harían luego. Rieron.

Compartieron unos deliciosos frutos secos chispeados con curry de un pequeño bol que consiguió que sus dedos se rozaran en más de una ocasión. También compartieron ilusiones. Fracasos. Y secretos. Mario les sirvió otra copa. Y otra. Juan notaba la sal en sus labios. Y Laura el picante aroma de la pimienta en su garganta. Las palabras brotaban como el alcohol por los cuellos de las botellas que Mario inclinaba con precisa destreza.

Laura disfrutaba conversando con el hombre del Margarita y ojos de café. Se sentía a gusto hablando con él. Tan a gusto que, tras el tercer Bloody Mary, le contó que su marido había muerto hacía seis meses. Esa información creó unos segundos de tenso silencio. De miedo a esa franqueza desbocada. Y Juan desvió su mirada en busca de una escapatoria imposible.

-Lo siento mucho.

-Yo más- añadió Laura- Le quería con todo mi corazón.

Juan tragó el retrogusto a tequila añejado e inconscientemente se tocó el anillo que llevaba en su dedo anular.

-Y tú, ¿la amas?

Juan no pudo evitar tomar un trago de su ácido Margarita antes de responder.

-Supongo que sí- respondió sin pensar- Pero no como antes.

Se miraron sin decir una palabra. Y, tras pagar y dejarle una excesiva propina a Mario, pidieron una habitación.

En el ascensor de cristal se besaron con la pasión y la torpeza adolescente mientras se alejaban del bar hacia la séptima planta.

Se dejaron caer sobre la mullida y suave cama. Y se volvieron a besar, abrazados en silencio. Se acariciaron. Se lamieron. Se tocaron. Y se dejaron llevar. Sin remordimientos. Sin miedos. Sin invocar al pasado. Aquí y ahora. Ahora y aquí.

-Me ha encantado hacer el amor contigo- dijo Juan con una sinceridad pretendidamente adulatoria.

-Esto no ha sido hacer el amor, Juan. Esto ha sido follar- sentenció Laura.

Juan la miró desconcertado. No supo descifrar si le estaba tanteando. O era lo que realmente pensaba ella.

Al salir del hotel, Laura le hizo prometer que no se darían nunca los números de teléfono. Ni las direcciones. Nada de mensajes ni de llamadas.

-Nunca. Prométemelo- insistió ella.

-Te lo prometo.

Simplemente se citaron para el mismo día del siguiente año. El 27 de mayo. A la misma hora. En el hotel Pulitzer.

Cuando se alejaron el uno del otro, resistiéndose a mirar atrás, no sabían si volverían a verse. Ni tan siquiera, si lo desearían.

Ese verano fue muy caluroso. El otoño muy seco. Y el invierno templado. Había una emoción enfermiza en no saber si el otro deseaba que los días, las semanas y los meses pasaran rápidamente. Algún día Juan había pasado por delante del hotel y miraba de reojo el interior. Nunca la vio. Ella estaba en Manhattan intentando olvidar esos preciosos iris de un color que no te deja dormir.

El 27 de mayo de 2.006 se volvieron a encontrar. Fue como si se hubieran visto el día anterior.

-¿Un Bloody Mary y un Margarita?- les preguntó Mario- Con Zubrowka, ¿verdad?

-*Grazie*- contestó Laura.

Brindaron. Compartieron anécdotas de lo sucedido durante esos largos 365 días. Criticaron el estado del mundo. Y, por supuesto, a sus jefes. Bromearon. Juan le contó lo mayor que se estaban haciendo sus hijos. Y Laura decidió no preguntarle por su mujer. ¿Para qué? No valía la pena. Cuanto menos supiese, mejor. Se miraron como sólo los amantes hacen. Y volvieron a fundirse entre las suaves y aromáticas sábanas en la séptima planta. Esta vez Juan ya había reservado la habitación.

Pasaron muchos 27 de mayo. Muchos. Y siempre se encontraban ahí. Sentados en la barra del bar mirando subir y bajar el ascensor de cristal cargado de amigas con maletas, publicistas con Macs, matrimonios con sueños y amantes con deseo.

A veces simplemente, subían a la habitación para ir al baño o dormir abrazados. Otras, volvían a besarse, a lamerse y a follar.

Alguno de los días de encuentro, le fueron infieles a Mario y subían a la preciosa terraza del Roof Top. Ya no bebían tanto. Quizá porque ya no necesitaban del Vodka o el Tequila para desinhibirse. La verdad es que a Laura ya no le sentaba bien desde hacía un tiempo pero no se lo dijo a Juan.

Un día al acercarse al bar les desconcertó que Mario ya no estuviera tras la barra. Había una chica con mucho estilo, francesa.

-Me dijeron que volvió a Italia- les informó la nueva barman- Se ve que su padre enfermó.

Esta noticia les entristeció. Ese alquimista milanés formaba parte de su historia. De su secreto. De su vida.

El 27 de mayo de 2018, Laura se fijó en que Juan ya no llevaba el anillo. Pero no quiso preguntar nada.

-Me he jubilado. Ya he dejado la Universidad. Y estoy buscando piso aquí. Hablaron sobre lo difícil que era encontrar piso en la ciudad. Y sobre lo caros que estaban los alquileres.

-Barcelona se está llenado de nómadas digitales que quieren dejar de ser nómadas- bromeó Juan.

Los dos rieron.

-Yo también dejaré de ser nómada. Vendré a vivir a Barcelona. Me he jubilado. ¿Te lo había contado?

Juan se la quedó mirando sin saber qué responder. Quizá era simplemente un lapsus. O un Bloody Mary de más. Quizá. Sólo quizá. Laura sabía que desafortunadamente no era eso. Sabía que era la acumulación de placas amiloides y ovillos de tau, recurrentes en un proceso de demencia agresiva. Sonrió; nunca podía dejar de trabajar.

Entonces llegó el terrible año de las mascarillas. Del miedo. De noticias devastadoras en todo el mundo. Del cierre de hoteles y restauración. De la incomunicación y el silencio. Juan y Laura se preocuparon el uno por otro sin poderse llamar. Sin poder escribirse. Sin poder preguntarse cómo se encontraban. Sin saber absolutamente nada el uno del otro.

Cuando finalmente los gobiernos dejaron salir a la población de casa, Juan, el 27 de mayo, esperó a Laura en la barra del bar con ganas de contarle lo mucho que la había echado de menos. De explicarle que habían tenido que operar de cataratas sus bonitos ojos de color café. Esperó una hora. Y otra. Preguntó en recepción si habían recibido alguna llamada para él. Nada. Después de varias horas de espera y dos Margaritas, subió a la habitación, se dejó caer sobre la cama y secó sus lágrimas con las suaves y aromáticas sábanas de la séptima planta.

Ese año los días pasaron con una dolorosa lentitud. Lánguidos. Soñolientos. Desesperadamente apáticos. Esperando a que llegara el día de la próxima cita. El próximo 27 de mayo.

Juan se sentó en su taburete tres horas antes de lo habitual. Pidió un agua con gas, con hielo y limón; se la bebió de un trago. No quería que un pequeño cambio como ése lo cambiara todo. Así que decidió pedir su Margarita. Como siempre.

Sintió la sal en sus labios y la refrescante acidez de la lima en su tráquea, cuando de pronto la vio. Ahí estaba Laura; junto a la recepción. A sus 73 años le siguió pareciendo la mujer más atractiva del mundo, aunque nunca se lo hubiese dicho. Si hubiese podido, hubiese gritado con todas sus fuerzas. Simplemente, levantó la mano. Ella sonrió al verlo. Avanzó hacia la barra cojeando levemente. Se abrazaron. Con fuerza. Con amor. Laura le explicó que había estado en coma durante dos meses por culpa de ese asqueroso virus. Juan la besó como no había podido hacer en esos dos terribles años. Hubiese querido estar allí para cogerle la mano. A medida que Laura continuaba explicando lo ocurrido, Juan notó que posiblemente le había quedado alguna secuela del coma. No recordaba ciertas cosas. Confundía otras. Y había olvidado la planta en la que se alojaban. Juan sintió que un llanto subía por los lagrimales desde el estómago. Pero consiguió retenerlo.

-¿Me das tu número?- Una preocupación atávica se había apoderado de su mente- Así podremos hablar si vuelve a pasar algo.

Laura lo miró con desprecio, por un instante, para echarle en cara su traición.

-Quizá no me acuerdo de todo, Juan. Pero recuerdo perfectamente lo que nos prometimos el primer día. ¡Sólo una vez al año! – En ese momento, su mirada volvió a reflejar un amor comprensivo- Esto es lo que hace mágicos nuestros encuentros. Y tiene que seguir siendo así.

Juan asintió paladeando el lacerante sabor de la sal.

Cada día que se volvían a ver, Laura había empeorado. Juan intentaba no pensar en ello. Simplemente quería disfrutar del aquí y el ahora. Se sentía inmensamente feliz de poder

estar con ella un día más. Una hora más. Evitaba preguntarse cómo estaría Laura en el siguiente encuentro.

Durante el tiempo de ausencia, Juan empezó a comprar el periódico. Cada día repasaba las necrológicas para saber la verdad, por dolorosa que fuera. Afortunadamente, no había noticias de su querida Ingeniera Biomédica de la Columbia University.

El 27 de mayo de 2.024 sus peores temores aparecieron de nuevo. Hacía más de cuatro horas que esperaba a Laura, sentado en la barra del bar del hotel. Ya había pasado por eso durante la pandemia y no quería volver a sentir la desesperación silenciosa de la espera sin respuesta. Pagó el Margarita que se había tomado por pura superstición y salió a la calle. Miró a un lado y al otro. No vio a Laura. Su impotencia golpeaba su corazón con una demoledora ira. Avanzó unos pasos hacia Plaza Catalunya. Entre la multitud con los que se cruzaba, distinguió a Laura frente a un escaparate. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevaba ahí? Estaba mirando una pantalla con publicidad de discos, libros, electrónica y llamativas letras de colores. Juan se acercó a ella.

-Laura, ¿estás bien?- le susurró para no asustarla.

Ella le miró y asintió.

Juan posó la palma de su mano bajo el codo de ella y se dirigieron hacia el hotel Pulitzer. Entraron y como siempre el recepcionista les dio la bienvenida con una sincera sonrisa.

Laura miró ese precioso espacio moderno pero acogedor. Elegante pero *cool*.

-Laura, ¿sabes dónde estamos?

Ella, tras dudar un instante, sonrió plácidamente con un húmedo brillo de felicidad en sus ojos.

-En casa.